

APARECIDA: TESTIMONIO PLAGADO DE PREGUNTAS

EXPOSICIÓN ANTE JORNADA DE OBISPOS Y VICARIOS

Jaime Coiro C.¹

El documento de Puebla lo vi por primera vez de niño en el bolso de mi madre, cuando ella aprendía a ser catequista y el Señor preparaba el *picoteo* para mi encuentro cara a cara con Él. Años más tarde entré en las páginas de Puebla en mi paso por la pastoral juvenil.

Santo Domingo me encontró siendo ya un profesional, editor de una radio católica, la más antigua e influyente de América, que ahora ya no existe y muchos extrañamos. Desde esa mesa de edición conocí, tras las bambalinas de la cobertura, algunos pormenores de la IV Conferencia.

A fines de enero último, a punto de vacaciones, ejecutivos del CELAM me adelantaron que mis servicios serían requeridos en la Oficina de Información y Prensa de la V Conferencia. Me sugirieron hacer méritos con la familia para ablandar el terreno ante una ausencia de 28 días con sus correspondientes noches. Con un IBook de Apple provisto de Skype y MSN, no me sentí tan lejos de los primeros parados del pequeño Bruno ni de las hazañas de Mateo en el campeonato escolar de fútbol.

En Aparecida integré un equipo junto a tres obispos, seis sacerdotes y otros cuatro laicos. Pasé una chilena vergüenza frente a compatriotas activistas de diversas corrientes que obtenían credenciales de Prensa para poder estar donde las papas quemaban. Nos encontramos frente a frente con el rumor, la desinformación y los prejuicios, pero la política de puertas abiertas y diálogo siempre pudo más en esos trances.

Puedo decir con orgullo que estuve en el momento justo y el lugar justo, cuando los vaticanistas no cabían en su admiración frente a la figura de un Papa que no reconocían; cuando la cobertura de su visita a la Hacienda de la Esperanza modificaba todas las pautas, las asignaciones de páginas y de minutos; cuando las vivas imágenes de Pentecostés desconcertaban a los más insignes reporteros gráficos y camarógrafos.

Un día, comenzaron a acercarse a mí varios colegas para preguntarme por el “obispo chileno Duarte” que en esos precisos instantes estaba poniendo puntos sobre íes. Su intervención significó, para la prensa, ni más ni menos que la primera cosa nueva

¹ Jaime Coiro C. es periodista (UC) y magíster en Ciencia Política (UCh). Es profesor en la Facultad de Comunicaciones de la Universidad Católica. Actualmente dirige la Oficina de Prensa y el Área Pastoral de Comunicaciones de la Conferencia Episcopal de Chile.

que se oía en la V Conferencia. Reconocí allí el aporte chileno, evoqué un par de parroquias donde estuve en el trabajo con las fichas, el complejo procesamiento y la síntesis. Sentí que todo ese esfuerzo daba fruto.

Me tocó ayudar en la atención de los más de tres mil periodistas que llegaron a Aparecida con el Santo Padre y de los cerca de 600 que siguieron cubriendo la V Conferencia. Vi sus rostros sorprendidos al poder ingresar a las salas de sesiones, seguirlos por circuito cerrado, o entrevistar a los obispos. Es que las penas, las culpas y los aprendizajes de la hermética Conferencia de Santo Domingo eran tema diario en nuestra Oficina. Y permítanme mencionar algo que aquí se dice poco en público pero allá era comentario unánime: la gratitud y reconocimiento a la conducción y liderazgo del obispo chileno que presidía el CELAM y la V Conferencia, y a sus principales colaboradores, como don Andrés Stanovnik.

Sin duda, en la tarea de promover el Documento conclusivo de Aparecida, podemos soñar muchos eventos en los más diversos ámbitos. Personalmente, pienso que, si queremos ser coherentes con el proceso de comunión y participación que se ha vivido en la V Conferencia, el modo privilegiado para difundir este Documento Conclusivo es, ante todo, aquella vivencia personal y comunitaria de los contenidos de Aparecida de los cuales los católicos podamos dar testimonio. Aparecida es más para vivirse que para predicarse. O, dicho de otro modo, Aparecida se anuncia desde la vida.

Cada cual, desde el ámbito de su servicio, podrá extraer de las páginas de este libro las frases que más le ayuden a hacer su tarea mejor. Pero, ¿podemos ser fieles a lo que aquí se ha descrito como “el espíritu de Aparecida” si nos damos al trabajo fácil de copiar y pegar, de exprimir el índice temático, desconociendo o desconsiderando el núcleo articulador que constituye ese espíritu?

En el ejercicio de hacer el subrayado periodístico de Aparecida, resulta válido preguntarse, desde la perspectiva de los pueblos del continente: ¿Cuál es la novedad de este mensaje? ¿Cuál es la noticia? ¿Es algo “nuevo” que la Iglesia se proclame discípula y misionera de Jesucristo? Percibo que las respuestas a éstas y otras preguntas sólo se pueden construir leyendo y releendo la totalidad del documento, y también entre líneas. La autocrítica, los temores y amenazas, las urgencias, las prioridades, las esperanzas más sentidas, todo aquello se desliza entre sutilezas sin respetar estructura ni capítulos. El dilema parece ser entonces: ¿cómo podremos ser capaces de hacer vida esta novedad, de modo que su sola vivencia renueve nuestra Iglesia y transforme la sociedad?

La publicación de este documento nos encuentra sumidos en una verdadera fiebre reduccionista, con debates inútiles sin escalas de grises². ¿Será que nos tendremos que resignar a seguir la corriente en este mundo de reducciones? ¿En eso estaremos cuando nos suene la campana de la misión continental? ¿Leyendo Aparecida por partes? ¿Negándonos a dar razón de nuestra fe a través de los nuevos areópagos? ¿Qué maletín valórico exhibirán nuestros misioneros ante aquellos que Mons. Duarte llamó con todas sus letras “nuestros detractores”? ¿Qué discipulado mostrarán nuestros misioneros cuando se les interpele abiertamente por las sombras que esta V Conferencia reconoce y se propone enfrentar?

Por eso Mons. Carlos Aguiar, obispo de Texcoco, sugería que la comunicación será la columna vertebral de la misión continental: porque Aparecida “propone a la Iglesia misma una conversión pastoral a todos los niveles, una renovación pastoral de obispos, sacerdotes, religiosos y laicos” y esto debe darse en un diálogo con las nuevas culturas, en la cercanía hacia los nuevos lenguajes, y en una actitud de escucha y acogida a las personas, la actitud propia de una Iglesia que es casa y escuela de comunión.

Podemos tapar nuestros planes formativos y calendarios pastorales con citas de Aparecida. Pero no basta. El desafío es unir la palabra impresa con la realidad de nuestros pueblos y de nuestra Iglesia que interpela a nuestro ser de discípulos misioneros de Jesucristo. Una cosa es comprobar que la palabra “alejados” figura cinco veces en el documento conclusivo. Pero otra es poder pronunciarla desde la vivencia de esas personas y grupos concretos que hoy se alejan o ya se encuentran muy lejos de nuestros templos, ceremonias y discursos, de los que se alejan frustrados de nuestras oficinas y parroquias. Si no lo hacemos desde esa experiencia, por dolorosa que nos resulte, ¿de qué otra manera podríamos ir a su encuentro y abrazarlos?

Gracias por escucharme, nos animan grandes desafíos.

Lo Cañas, 7 de agosto de 2007

² En la exposición original, se mencionaron aquí como ejemplos de esta tentación reduccionista la divulgación de noticias sobre la supuesta “adulteración” del Documento Conclusivo de Aparecida; y el tratamiento informativo dado al planteamiento desde la Iglesia sobre equidad y salario justo.